

LA «ARAUCANIZACION» DE LAS PAMPAS:
¿REALIDAD HISTORICA O CONSTRUCCION DE LOS ETNOLOGOS? *

Sara Ortelli **

«En general, resulta más fácil percibir los errores del marco explicativo anterior, con su acento en la migración y en la difusión, que desarrollar explicaciones coherentes y sólidas alternativas» (Renfrew 1990: 36)

Las sociedades indígenas que en el siglo XIX habitaban la región pampeana eran lingüística y culturalmente araucanas y estaban estrechamente conectadas con las poblaciones indígenas de la zona centro-sur de Chile. Sin embargo, esa no era la situación en el siglo XVI, momento de la llegada de los españoles al territorio. Un aspecto central de este proceso de cambio lingüístico y cultural fue aquel que los etnólogos vinculados a la Escuela Histórico-cultural llamaron «araucanización», incluyendo también los aspectos raciales.

La «araucanización» fue definida, en esencia, como la sustitución de la antigua población pampeana por otra, de características diferentes, proveniente de Chile (Bórmida 1953-54: 71-73, 76-77 y 87-96). Este proceso de sustitución fue gradual y estuvo acompañado por la difusión de elementos culturales araucanos en la región, entre los que ocupó un lugar de fundamental importancia la lengua (Canals Frau 1973: 211-212 y 544-546; 1946: 761). A la vez, esos autores reconocían que, asen-

* El presente artículo está basado en una serie de discusiones desarrolladas en nuestra tesis de licenciatura presentada en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Ortelli 1994).

** Instituto de Estudios Histórico Sociales, UNCPBA.

tados al este de los Andes, y bajo la influencia de las nuevas condiciones ambientales y culturales, los araucanos transformaron su modo de vida, convirtiéndose en un pueblo nómada que vivía de la caza de ganados, la recolección y el pillaje, abandonando el sedentarismo y las prácticas hortícolas (Canals Frau 1946: 762; 1973: 216)¹.

Así, paradójicamente, el «difusor» los grupos chilenos habría sido el «difundido», en tanto adoptó el modo de vida de los cazadores pampeanos (¿«pampización» de los araucanos?)². Por otra parte, la difusión de elementos culturales aparecía necesariamente asociada a la migración y establecimiento de grupos araucanos al este de los Andes³, aunque no se intentaba explicar por qué dichos grupos habrían migrado hacia el este en determinado momento (Boschín y Llamazares 1984: 120-121)⁴.

¹ Esta concepción del proceso ha sido sustentada en base a dos presupuestos sumamente extendidos: la inexistencia de prácticas agrícolas entre las poblaciones pampeanas y la idea del nomadismo que habría caracterizado a estas sociedades. Véase Mandrini 1987: 11-43 y 1992a: 71; Palermo 1989: 71-76.

² Rodolfo Casamiquela expresa: "¿En qué medida el peso superior de la cultura araucana -para emplear un vocabulario geológico- habrá obrado sobre el inferior, representado por el *gününa këna*? (...) a la luz de lo averiguado, sabemos que la aculturación fue mucho más honda entre los araucanos que entre los *gününa këna* (...) Avalanchas sucesivas de araucanos comenzaron a descender de las cordilleras y los pinares a la pampa. Y con ello, con el cambio brusco de escenarios -sumado a las profundas modificaciones ligadas al *horse complex*- descendieron también un peldaño en su cultura e 'involucionaron', si cabe la expresión, hasta adaptarse eficazmente a la fisonomía de los cazadores" (Casamiquela 1957: 83). Martínez Sarasola, a su vez, afirma que "...es necesario consignar que aunque los araucanos (...) fueron absorbiendo a los tehuelches hasta hacerlos desaparecer hacia fines del siglo XIX, el proceso tuvo una característica digna de mención. En efecto, llegados a nuestro territorio, los araucanos mantuvieron muchas de sus principales costumbres (la platería, los tejidos, los rituales) pero reemplazaron su original patrón agricultor y pastor por el de cazador, que era tehuelche. Este hecho me parece lo suficientemente importante como para reflexionar acerca de la tan mentada araucanización" (Martínez Sarasola 1992: 132). Aunque ambos autores perciben una contradicción en el planteo del problema, no logran superar la visión tradicionalmente aceptada.

³ Estos análisis se fundamentan en la idea que el hombre tiene una tendencia natural hacia el conservatismo. En consecuencia, cambio cultural y transformaciones sociales no podían obedecer sino a procesos de difusión que, por lo general, implicaban desplazamientos de población. En tales posturas, la relación entre la idea de difusión y el concepto de cultura, sugiere la existencia de culturas activas o causas -las que dan o emiten cultura- y culturas pasivas o efectos -las que la reciben. Llevada a una posición extrema como la que representa la Escuela Histórico-Cultural, la historia de la humanidad termina reducida a una historia de las migraciones que hicieron posible el cambio cultural: migración desde focos emisores de cultura hacia focos receptores. Al analizar procesos culturales concretos, se hace hincapié, casi exclusivamente, en las causas y no se intenta explicar el efecto o la recepción cultural ni los motivos que hicieron posible dicha recepción.

⁴ Esta caracterización del proceso se vincula a la discusión sobre su antigüedad. En una de las líneas podemos ubicar a los etnólogos histórico-culturalistas, para quienes la "araucanización" se había completado en el siglo XVIII, con una presencia significativa de población de origen chileno en la región pampeana ya a principios de ese siglo y la consiguiente difusión de elementos culturales ligada al establecimiento efectivo de población nueva. Desde el otro extremo se planteó que, más allá de la incorporación de algunos elementos culturales, la antigua población cazadora local mantuvo con fuerza su presencia hasta una época relativamente reciente. Evidentemente, el problema de la antigüedad no puede desvincularse de las variables o indicadores que caracterizan a la influencia araucana al este de los Andes. Cabrera se inclina por una tardía expansión araucana en Argentina a partir del análisis de tres variables:

Sin embargo, a la luz de estudios más recientes que rediscuten el carácter de las sociedades indígenas pampeanas, muchas de esas imágenes e ideas fuertemente arraigadas han comenzado a perder sentido. En efecto, sabemos hoy que los indígenas pampeanos conformaron una sociedad compleja que poco tenía que ver con el esquema en el que fue enmarcada y sistematizada la llamada «araucanización». Es, justamente, a partir de estos estudios que) podemos intentar superar las tesis migracionistas y difusionistas como explicativas del proceso de cambio social y cultural que se produjo en la región. La incorporación de elementos culturales araucanos debe entenderse, por el contrario, como parte del complejo proceso de cambios internos que estaba sufriendo la sociedad indígena pampeana.

Etapas en el desarrollo del proceso: las relaciones entre los pueblos de ambos lados de la cordillera

a. Los primeros contactos

Los grupos que habitaban ambos lados de la cordillera se relacionaron desde tiempos prehispánicos a través de circuitos informales de circulación de bienes. Esta situación ha quedado reflejada, en parte, en la difusión de elementos culturales de origen chileno en nuestro territorio, fundamentalmente, en la zona de Neuquén (Hajduk 1981-82: 7-9), y también en la actual provincia de La Pampa.

Pero fue a partir del establecimiento de las nuevas formas de organización económica y territorial planteadas por la presencia española cuando se operaron una serie de transformaciones que favorecieron la adopción de elementos culturales europeos y araucanos por parte de los indígenas pampeanos. En efecto, a principios del siglo XVII comenzó a gestarse un proceso que adquirió rasgos diferentes a cualquier otro tipo de desarrollo anterior.

A partir de entonces, el interés de los grupos chilenos se centró, fundamentalmente, en la riqueza ganadera de la región pampeana. Así, sus primeros desplazamientos hacia las pampas, en el marco de esta transformación del carácter de los con-

la toponimia, la historia del proceso evolutivo o desarrollo geotónico y la implantación de la lengua mapuche (Cabre-ra 1934: 95-117). También Casamiquela sostiene la tesis de una fuerte presencia tehuelche hasta la segunda mitad del siglo XVIII, sin asentamientos estables de indígenas chilenos en territorio argentino hasta principios del XIX. Según sus hipótesis, el panorama etnológico pampeano estuvo dominado hasta fines del siglo XVIII por grupos racial, lingüística y culturalmente tehuelches, que avanzaron desde la Patagonia, hacia el norte y el este del territorio, llegando casi hasta la precordillera. Propone el concepto de "tehuélchización" para designar este proceso, que habría sido en parte inmediatamente anterior y en parte sincrónico al de "araucanización". Según su esquema, los pampas del siglo XVII eran los descendientes "tehuélchizados" de los querandés, en tanto que los ranqueles eran la transformación de los pampas, "araucanizados" durante el XVIII (Casamiquela 1982: 17-29; 1992). Carlos Martínez Sarasola adhiere básicamente a la visión de Casamiquela (Martínez Sarasola 1992: 125-132).

tactos, pueden explicarse por el interés en obtener ganados y, más tarde, por controlar de manera cada vez más directa los circuitos que se iban consolidando (León Solís 1986: 62-63). Contamos con algunas evidencias, tanto de esta presencia en las pampas, como de las comunicaciones establecidas entre los diversos grupos, las que preocupaban en la época a las autoridades coloniales y a los vecinos de Buenos Aires y de la campaña circundante (Información... 1752: 3 y 5-6; Cardiel 1940: 6; Salcedo 1741: 4-5).

Luego de realizar incursiones de caza del ganado cimarrón o robarlo a los pobladores de la frontera, estos grupos retornaban a sus tierras (Falkner 1969 :693; Ando-naegui 1749: 34). Pero a lo largo del siglo XVIII, a medida que el ganado cimarrón se iba extinguiendo, se intensificó la violencia en territorio argentino, produciéndose frecuentes malones contra los poblados fronterizos en las que participaban *conas* de diferentes parcialidades de ambos lados de la cordillera. Han quedado numerosos testimonios de estas incursiones cada vez más violentas y sistemáticas, que perseguían el objetivo de cazar y robar ganados a los blancos de Buenos Aires, Mendoza y Córdoba (Vértiz 1780: 27-28 y 31). La misma situación –extinción de ganado cimarrón, consolidación de circuitos mercantiles ganaderos– incidió, en la segunda mitad del siglo, en la formación de un importante núcleo de economía pastoril en el sur bonaerense (Mandrini 1991)

b. Intensificación de los contactos y profundización del proceso de influencia cultural

A partir de estos continuos contactos se fueron operando procesos de influencia cultural cuyo aspecto más evidente fue la difusión de una serie de elementos de origen chileno entre los grupos ubicados al este de los Andes. Este proceso determinó que las poblaciones involucradas comenzaran a presentar, en general, una imagen bastante homogénea; es decir, se fueron diluyendo los límites culturales que permitían diferenciarlos (Vértiz 1780: 1-2 y 4; Información... 1752: 8). Desde la zona cordillerana, la influencia cultural se extendió, lenta y paulatinamente, hacia el sur de Mendoza, el norte de la Patagonia y las llanuras (Cruz 1969 b: 103).

Entre los elementos que comenzaron a intercambiarse aparecen una serie de artículos que pronto fueron muy apreciados por los indígenas pampeanos. Tal fue el caso de los ponchos y mantas de origen chileno, que adquirieron un alto valor. La presencia de estos ponchos –que en muchas oportunidades eran llevados por los indígenas a vender a Buenos Aires alertaba a las autoridades sobre los contactos que existían entre las diferentes etnias y constituía en esa época una prueba más de los intensos vínculos que mantenían los grupos bonaerenses con los «de tierra adentro» (Vértiz 1780: 9, 10 y 11).

Este proceso de influencia cultural se fue generando a través de los contactos con grupos chilenos que incursionaban en las pampas pero retornaban a Chile, o de inter-

mediarios –como los pehuenches cordilleranos– cuya ubicación estratégica sobre las laderas de los Andes les permitía una activa participación en el comercio a distancia (Cruz 1969 b: 81; Vértiz 1780: 10 y 11). Sin embargo, no se produjeron durante esta etapa asentamientos permanentes importantes de indígenas chilenos sobre el actual territorio argentino.

Las migraciones tempranas –que consistieron en pequeños grupos que se asentaban en las áreas cercanas a la cordillera– tenían, en general, un carácter temporal. Algunos linajes se fueron infiltrando lentamente por los ríos Negro, Colorado, Neuquén y Limay, instalándose en el camino de los maloqueros, a fin de ejercer un control más directo sobre puntos estratégicos, como los que presentaban aguadas o buenos pastos (León Solís 1991: 63; Vértiz 1780: 24). La consolidación de estas rutas debió incidir, sin duda, en el desarrollo de núcleos de población estable en algunos de esos puntos (Berón y Migale 1990). Por otra parte, la paz que se imponía en las fronteras de la Araucanía chilena favorecía este avance hacia los territorios pampeanos.

La presencia de linajes chilenos al este de los Andes contribuyó a conformar una extensa red de vínculos, generados a partir de las relaciones de parentesco que unían a etnias asentadas a ambos lados de la cordillera, de la conformación de matrimonios interétnicos y de los procesos de mestizaje entre la población existente y los grupos llegados posteriormente (Palermo 1989: 86; León Solís 1991: 68, 74 y 124; Villalobos 1989).

Finalmente, la consolidación de este proceso puede ubicarse a partir de la migración de grupos más numerosos y con carácter estable que se produjo recién a principios del siglo XIX y se intensificó hacia la década de 1820. Los determinantes de esta migración deben buscarse, fundamentalmente, en el rompimiento del equilibrio que se había mantenido por más de un siglo entre las autoridades coloniales chilenas y los indígenas y en el desarrollo de la guerra de la independencia en aquel país (León Solís 1991: 229-230; Casanova Guarda 1989: 1-13). Los numerosos contingentes chilenos que cruzaron la cordillera desde la tercera década del siglo XIX encontraron una pampa culturalmente araucana.

Este momento no sólo marca el comienzo de una etapa diferente en las relaciones entre los indígenas de Araucanía y las pampas, sino también entre la sociedad indígena y la sociedad blanca en el Río de la Plata. En efecto, las transformaciones de la política económica de la élite porteña, con la aplicación de un nuevo modelo, dio lugar a una competencia cada vez más acentuada entre ambas sociedades por el control de tierras y ganados (Mandrini 1994b: 74; 1992b: 31). A partir de este momento, y hasta mediados de siglo, podemos hablar de una etapa de consolidación de un proceso que se venía dando desde unos dos siglos atrás.

Las transformaciones sociopolíticas

Los autores que trabajaron el tema (Cabrera 1934: 110-117; Casamiquela 1982: 22-23; Nardi 1981-82: 16-24; Zapater 1982: 90-95) no reconocieron el proceso de transformaciones sociopolíticas, que vinculado con el desarrollo de mecanismos económicos a partir del establecimiento de los españoles, de la presencia de ganados europeos y de la intensificación de los contactos con la Araucanía chilena interrelacionaron a las etnias entre sí y con la sociedad colonial.

Uno de los rasgos más importantes de estas transformaciones sociopolíticas fue el proceso de acumulación de riqueza y, en tanto los circuitos ganaderos constituían el sostén fundamental de la economía indígena y determinaban, en gran medida, el carácter interdependiente de las relaciones económicas, el indicador por excelencia de dicha acumulación era la posesión de ganados. Los ganados, a su vez, permitían el acceso a una serie de bienes entre los que podemos mencionar los objetos de metal y plata y los tejidos que fueron adquiriendo alto valor simbólico y se convirtieron en la medida de los intercambios (Cruz 1969 b: 201 y 331). Otro indicador de riqueza era el número de esposas, en tanto las mujeres casi siempre se obtenían por compra (Sánchez Labrador 1936: 73; Hernández 1969: 144; García 1969 b: 303).

La acumulación de riqueza se vinculaba con la concentración de poder, en la medida en que permitía a los caciques mantener un séquito de «arrimados», que representaban un importante apoyo político a la hora de tomar decisiones en las juntas y parlamentos. Esta concentración permitía, además, incrementar la capacidad de redistribuir, función que redundaba en mayor prestigio para el jefe y era utilizada para asegurar diversas lealtades. La redistribución de los excedentes económicos —su concentración y posterior distribución— constituía una de las bases fundamentales sobre la que se apoyaba el poder del cacique⁵.

En el caso de las incipientes jefaturas de la región pampeana y sus adyacencias, tenemos bastantes evidencias sobre el reparto de licores y aguardientes. La redistribución también era utilizada para asegurar el apoyo de los jefes de otras tolderías, con los que se pretendía establecer alianzas o emprender acciones comunes. De alguna manera, el manejo de este mecanismo y el control de los excedentes económicos con-

⁵ En la medida en que excede los límites de nuestro análisis, la alusión al problema de la redistribución no implica que tomemos posición acerca del debate teórico que ha girado en torno a la discusión sobre la génesis de las jefaturas y su relación con la función de redistribuidor del jefe. El concepto de redistribución fue introducido por Sahlins, para quien la capacidad y función de redistribuidor constituía la base del poder y del prestigio de los jefes. Carneiro propone replantear los términos de la discusión, en el sentido de ver el rol de redistribuidor como una consecuencia de la consolidación de la posición del jefe y de la jefatura misma —el surgimiento de jefaturas puede ser explicado por otras vías, entre las que Carneiro propone, por ejemplo, hipótesis acerca de la guerra— y no como el mecanismo que conduce a la aparición de jefaturas. Es decir, el jefe asume la función de redistribuidor en la medida en que es jefe, pero no se convierte en jefe a partir de la función de redistribuidor.

tribuía a determinar el mayor o menor prestigio de un cacique sobre otro y consolidaba las jerarquías (Zizur 1973: 76 y 94).

En este contexto de transformación de las estructuras sociopolíticas, debemos destacar la tendencia a la heredabilidad del poder, es decir, a conservarlo entre los miembros de ciertos linajes, llegando, incluso, a la conformación de dinastías. Si bien con el desarrollo de los grandes cacicatos del siglo XIX las reglas de la herencia no fueron fijas, el sucesor pertenecía a la misma familia y, en gran medida, la posición en el sistema de parentesco definía y permitía establecer la autoridad⁶.

Las instancias de decisión de los asuntos relevantes como la firma de tratados de paz o la organización de malones eran discutidas en juntas o parlamentos, en las que participaban los caciques principales, acompañados por una jerarquía de consejeros que ostentaban diferentes rangos y que, generalmente, eran nombrados o elegidos entre los allegados o parientes de los caciques más importantes (Zizur 1973: 82-83 y 103).

En ocasiones, los caciques aliados se trasladaban a los toldos del jefe principal o éste enviaba a sus representantes a parlamentar con otros caciques, para tomar decisiones y prestar consejos (Zizur 1973: 84-85; Viedma, 1938: 519). El cacique principal cumplía muchas veces, por su posición, la función de intermediario entre el grupo indígena y los españoles, representando a su comunidad ante las autoridades coloniales en casos de conflictos, de rescates de cautivos y diversas negociaciones. Se suponía que sus acciones negociadoras traerían beneficios para todo el grupo, por lo

⁶ La posición en el sistema de parentesco era fundamental, junto con algunas cualidades y méritos personales de los individuos, como la valentía y el ser un buen guerrero. Pero pronto comenzaron a adquirir importancia la riqueza -expresada, por ejemplo, en la capacidad de repartir o distribuir alimentos y bebidas entre sus allegados- y el manejo del arte de la oratoria, que posiblemente constituya un buen indicador de las transformaciones políticas que se estaban operando: en el marco de las asambleas era necesario dominar una buena técnica discursiva para convencer y justificar posiciones políticas. Esta idea aparece reflejada por Falkner, cuando expresa: "Frecuentemente los cita a su tienda [el cacique], donde les hace sus arengas relativas a su conducta, las exigencias del tiempo, las injurias que han recibido, y las medidas que se deben tomar. En estas ocasiones ostenta, y exagera sus proezas, y mérito personal. Si tiene elocuencia es muy estimado, pero si le falta este talento, emplea por lo común un orador que supla sus veces" (Falkner 1969: 738). Por otra parte, tal vez marcando una continuidad con respecto al rol que cumplen los ancianos en la sociedad tribal, Zizur destaca la importancia del cacique Toro, cuyos consejos eran escuchados y valorados por ser un hombre de edad: "En estos toldos se halla otro, a quien dan el nombre de Casique, es hombre de mayor edad, y de quien parece se aconsejan en todos sus asuntos; se llama Casique Toro" (Zizur 1936: 81). En este sentido, son interesantes los comentarios que realiza Cruz para los pehuenches, en las primeras décadas del siglo XIX: "Los más antiguos ancianos, o los más ricos, son los que se titulan caciques o guilmenes. Este título, que se granjean por sus hechos, si los de sus antepasados fueron también recomendables, brillan más por el sujeto. Por este orden, el hijo de un cacique, que no es valioso, y que no se hace rico, que no ha hecho hazañas meritorias, nada es, y se mira como un mocetón despreciable; y entonces el título de cacique lo hereda el indio de la reducción más guapo, de mejores discursos y comodidades" (Cruz 1969 I: 449). En ocasiones, esta tendencia a la heredabilidad del poder involucraba directamente a padre e hijo, pero también podía seguir la línea de los hermanos menores (sucesión adélfica) y recién más tarde pasar a los hijos. Para mediados del XVIII Falkner describe el caso de Cangapol y su hijo Cacapol, que habrían superado el mecanismo electivo frente a situaciones de conflicto e iban al frente de varios grupos aliados (Falkner 1969: 738-39). Asimismo, las fuentes registran algunos casos en que los caciques eran reemplazados o sucedidos por sus hermanos (Zizur 1973: 82; García 1969a: 530).

que debía ser recompensado con la entrega de regalos apreciados entre los indios (Zizur 1973: 98).

El cacique salía sumamente beneficiado en estas negociaciones, ya que accedía a una serie de bienes de prestigio que podían entregarle, por un lado, los representantes de las autoridades coloniales a cambio de cautivos durante las expediciones de rescate o simplemente para ganar su confianza y buena voluntad. Por otro, los propios indígenas para que intercediera ante las autoridades y rescatara a sus parientes capturados por los blancos.

De todas formas, aparecieron en el plano político evidencias de conflictos que respondían a la complejidad del proceso. Por un lado, entre el cacique principal y sus consejeros: una puja de poder en torno a quién tomaba las decisiones y determinaba, finalmente, lo que se debía hacer (Zizur 1973: 86-87, 91 y 102). Por otro lado, entre el poder que podríamos llamar tradicional representado por los brujos y adivinos, relacionados con el mundo de lo sobrenatural y el nuevo tipo de poder representado por el cacique y la incipiente institución de la jefatura. Si bien se evidenció un paulatino fortalecimiento del poder «laico» el cacique y sus juntas de consejeros y allegados los poderes tradicionales mantuvieron su influencia en el nuevo contexto participando en muchas ocasiones en los parlamentos y el rol de brujo o adivino continuó teniendo gran relevancia social (Falkner 1969: 738; Zizur 1973: 100; Cruz 1969 b: 282-283)⁷.

Finalmente, aunque no existían aparatos formales de poder, algunos testimonios de mediados del XVIII consignan que el cacique podía actuar y decidir sobre cuestiones relacionadas con la aplicación de la justicia e intervenir ante determinados conflictos, así como recibir a quienes se ponían bajo su protección, aspecto que contribuía a consolidar su poder, ya que un mayor número de mantenidos o gente a su cargo reflejaba mayor concentración de riqueza, redundaba en un incremento de prestigio y representaba apoyo y consenso político (Falkner 1969: 738).

El poder que fueron adquiriendo estos caciques se manifestó también en un creciente y más marcado control sobre territorios y recursos claves. Este control y el reconocimiento por parte de otros grupos sobre la jurisdicción territorial de algunos caciques se expresaba en la necesidad de pedir permiso y obsequiar objetos apreciados

⁷ El poder «laico» y el poder «religioso» nunca están totalmente desvinculados en una sociedad y, en general, se apoyan y consolidan mutuamente, en tanto la religión o la estructura de representaciones y conceptos acerca del mundo de lo sobrenatural, actúan como un sostén ideológico fundamental para el poder laico. En el caso que nos ocupa, se evidencia una paulatina consolidación del poder político del cacique frente a lo que hemos denominado poderes de tipo más tradicional, representados por quienes mantienen una relación diferencial con lo mágico y espiritual. Este proceso continúa y se manifiesta de manera más profunda en un momento que excede nuestro período de análisis. Durante su visita a las tolderías de los ranqueles en la década de 1870, Mansilla registra un conflicto entre los brujos y Mariano Rosas en el cual se impone, decididamente, la posición del cacique (Mansilla 1987: 151-157). También, durante la celebración de un nguillatún, aunque la machi ejecutaba los ritos necesarios para el éxito de la rogativa, el lugar que ocupaba el cacique -el centro de la ceremonia- nos habla de la relevancia que había adquirido en la sociedad indígena. Véase el testimonio de Arnaignac sobre la celebración de un nguillatún en los toldos del cacique Catriel en 1870 (Mandrini 1984: 25-32).

al jefe principal para atravesar un territorio⁸.

El problema de la organización territorial de las etnias⁹ que ocupaban la región no es simple. Los caciques principales reconocían como propios o tenían jurisdicción sobre ciertos territorios espacialmente acotados, pero acampaban frecuentemente en territorios controlados por otros jefes, en asentamientos compartidos con el cacique local ubicados, generalmente, en las zonas de contacto entre un territorio y otro (Nacuzzi 1989).

Otro indicador del poder que fueron adquiriendo los caciques fue el incremento en la capacidad de movilizar recursos humanos, especialmente, en caso de guerras y de organización de malones. Para mediados del siglo XVIII, Cangapol podía movilizar un número elevado de guerreros, provenientes de una alianza entre varias etnias (Falkner 1969: 725). Por su parte, también Lorenzo parecía tener la capacidad de concentrar y movilizar recursos humanos y contaba con el apoyo de caciques aliados a la hora de llevar a cabo expediciones punitivas sobre la frontera o de vengar agravios de los españoles (Zizur 1973: 81 y 96).

Finalmente, los procesos de diferenciación social también aparecen reflejados en el plano ritual. La complejización de las ceremonias y los rituales permitió marcar y consolidar las diferencias. Las ceremonias funerarias constituyen un claro ejemplo, porque la forma en que se llevaban a cabo algunos ritos y la presencia de ciertos elementos reflejaban la jerarquía de los muertos. La muerte de un cacique determinaba un despliegue que indicaba claramente su status. En primer lugar, los supuestos responsables del hecho —los hechiceros, brujos o curanderos, que generalmente eran mujeres— eran sacrificados (Sánchez Labrador 1936: 61). Asimismo, el llanto de las mujeres durante la ceremonia era más o menos prolongado según la calidad del difunto (Sánchez Labrador 1936: 60).

El prestigio diferencial de los caciques y sus allegados aparece bien marcado en las ofrendas funerarias. El cadáver —que se enterraba o se colocaba en cuevas según la zona— era adornado con mantas y paños, elementos que se fueron convirtiendo en indicadores de prestigio frente a las pieles, que conformaban el ajuar funerario en momentos anteriores o para otros sectores de la sociedad. También se adornaban con mantas los caballos del difunto, que eran sacrificados durante la ceremonia y enterra-

⁸ Luis de la Cruz va marcando permanentemente durante su travesía el desplazamiento sobre territorios controlados por diferentes jefes y la necesidad de comunicar su paso y pedir autorización para avanzar. En este sentido, la presencia de intermediarios —otro cacique o un representante como parte de la comitiva— era fundamental para obtener ese permiso y evitar conflictos con otros grupos (Cruz 1969b: 103 y 214-215).

⁹ Adherimos a la definición de etnia tomada de Fabregat por Nacuzzi y Magneres, según la cual se trata de "...una comunidad humana que se organiza territorialmente y concreta una cultura en el espacio y en el tiempo..." (Nacuzzi 1989). Renfrew, por su parte, incorpora la idea de la conciencia de pertenencia a. Así, se trataría de "...un sólido agregado de gentes, históricamente establecidas en un territorio determinado, y que poseen en común particularidades relativamente estables de lengua y cultura, y que reconocen también su unidad y su diferencia respecto de otras formaciones similares (autoconciencia) y que lo expresan mediante un nombre autodesignado (etnónimo)" (Renfrew 1990: 177).

dos con él (Sánchez Labrador 1936: 62)¹⁰. Las ofrendas podían incluir prendas tejidas y objetos de metal, como alhajas, sables y cascabeles; también, chaquiras o cuentas de vidrio, cerámica, prendas de vestir europeas, entre otros objetos (Biset y Varela 1991: 21-28).

La incorporación de bienes de prestigio: metales y tejidos

Como señalamos, uno de los rasgos más evidentes de los procesos de transformación social es la presencia de ciertos objetos y adornos que reflejaban el status de los individuos más importantes. La exhibición de estos elementos y, en especial, su profusión en el vestuario de los jefes o caciques era una clara demostración de riqueza y, fundamentalmente, de prestigio. Entre ellos, vamos a considerar, especialmente, los objetos de metal y los tejidos.

Hacia mediados del siglo XVIII todos los metales llevaban implícita la idea de prestigio, aunque algunos eran más valiosos que otros: el bronce aparece como un indicador más valioso que el hierro. También se registra regularmente el uso de latón o lata y, eventualmente, de plata, aunque aparentemente la exhibición y uso más generalizados de esta última entre los grupos pampeanos serían posteriores a ese momento (Sánchez Labrador 1936: 36 y 37).

La plata fue adquiriendo paulatinamente gran importancia, imponiéndose a los demás metales; los elementos de plata se convirtieron entonces en los indicadores de prestigio por excelencia. Asimismo, la platería —una de las técnicas artesanales que los grupos pampeanos adoptaron de los araucanos— se convirtió en una actividad prestigiosa¹¹. Quienes visitaban las distintas tolderías referían permanentemente la presencia de objetos de plata (Viedma 1938: 521-537).

También las prendas tejidas comenzaron a funcionar como elementos de prestigio¹². Contamos con dos testimonios —uno muy temprano, de 1714 y otro de 1786

¹⁰ Aparentemente, el *sutee* no se había desarrollado en el siglo XVIII. Falkner y Sánchez Labrador hablan de matanza de hechiceros y de colocación de ofrendas funerarias, pero no surge de su lectura ninguna evidencia sobre el *sutee*, lo que sugiere que no era conocido —o al menos no era practicado— en aquel momento. Esto ha llevado a pensar a Alberto Rex González —que ha centrado su análisis en la descripción de las exequias del cacique ranquel Painé Güor, hecha por Avendaño— que se trató de una costumbre desarrollada por las poblaciones pampeanas en el siglo XIX. González se inclina por un desarrollo local de dicha práctica, en el marco de los procesos sociopolíticos de complejización y jerarquización social, aunque la asocia especialmente con la presencia araucana (González 1979: 137-161; Mandrini 1994b).

¹¹ Aunque supera nuestro período de estudio, no podemos dejar de mencionar, a modo de ejemplo, las referencias que hace Mansilla al cacique Ramón —llamado Platero— y al prestigio que este cacique tenía entre los suyos en virtud de su dedicación a esta actividad. El trabajo de la plata estaba reservado a los varones y Ramón no fue el único cacique que agregó este prestigioso calificativo a su nombre (Mansilla 1987: 168-169).

¹² La función simbólica del tejido está presente en otras sociedades americanas desde tiempos prehispánicos y tiene, por ejemplo, una larga tradición en la historia andina (Murra 1975: 145-170).

sobre el intercambio ritual de piezas textiles entre blancos e indios como una manera de comenzar las negociaciones o «abrir el trato» (Garavaglia 1986: 57). Por otra parte, al igual que los objetos de plata, los tejidos formaban parte del vestuario: en un principio, especialmente durante los días de fiesta (Sánchez Labrador 1936: 36), pero más tarde fueron reemplazando a las prendas confeccionadas con pieles o cueros. Falkner parece asombrarse del valor que los indígenas otorgaban en los intercambios a los paños europeos en relación a las pieles (Falkner 1969: 742-743).

Estos elementos se incorporaron también al universo religioso y ceremonial pampeano, lo que testimonia bien el valor que adquirieron como indicadores de prestigio. Así, por ejemplo, aparecen incluidos, ya a mediados del siglo XVIII, entre los objetos que formaban parte de las ofrendas funerarias que acompañaban a los caciques al más allá (Sánchez Labrador 1936: 62).

a. La adopción de las técnicas del tejido y la platería

Las técnicas aplicadas a la metalurgia y a la tejeduría eran, efectivamente, de origen araucano, pero no es fácil precisar en qué momento fueron adoptadas por los indígenas pampeanos, es decir, desde cuándo se comenzaron a producir tejidos y a trabajar la plata localmente¹³.

En el caso de los tejidos, su presencia aparece claramente ligada al proceso de influencia araucana en las pampas. La presencia de textiles provenientes de Chile está atestiguada desde temprano de este lado de la cordillera (Palermo 1989: 50). Como ya mencionamos, es muy probable que estos tejidos fueran intercambiados —a través de circuitos informales de circulación de bienes— por sal, por productos de la caza del guanaco y del avestruz y por piñones de araucaria, productos en los que estaban interesados en aquellos momentos los grupos chilenos.

Para mediados del siglo XVIII las técnicas textiles no parecen estar desarrolladas entre los grupos de las pampas. Los ponchos o «camisetas» —como se mencionan en algunas fuentes— parecen provenir, en su mayor parte, de Chile. Cardiel describe dos posibles vías para la presencia de textiles al este de la cordillera: por un lado, los serranos o pehuenches y los aucaes de Chile incursionaban en las pampas para intercambiar ponchos por ganados, aguardiente y diversos objetos; por otro, los serranos intercambiaban caballos por ponchos con los chilenos, convirtiéndose en intermedarios entre los últimos y los grupos pampeanos (Cardiel 1940: 7). Otros testimonios de la misma época son claros en este sentido: los grupos pampeanos no confecciona-

¹³ Para la década de 1870, cuando Mansilla visitó los toldos ranqueles, Ramón Platero tenía un verdadero taller y la platería era un "...arte (...) común entre los indios. Ellos trabajan espuelas, estribos, cabezadas, pretales, aros, pulseras, prendedores y otros adornos femeninos y masculinos, como sonijas y yesqueros. Funden la plata, la purifican en el crisol, la ligan, la baten a martillo, dándole la forma que quieren y la cincelan" (Mansilla 1987: 168-169).

ban tejidos a la manera de las prendas chilenas. Los ponchos aucaes que llevaban a vender a Buenos Aires los obtenían de sus tratos con los indios «de tierra adentro». En la vecina misión del Salado unas pocas indias sólo tejían ponchos «valandranes»¹⁴.

De todas maneras, los jesuitas podían diferenciar a los grupos «araucanos» o «araucanizados» que poblaban la región —que hablaban la lengua de Chile, cultivaban un poco, tejían y tenían rebaños para proveerse la lana— de los que no lo eran. Podemos pensar —a pesar del complicado panorama étnico pampeano sobre el que las fuentes, prácticamente, no arrojan ninguna luz— que estos «muluches, picunches y sanquelches» que menciona Sánchez Labrador y que eran identificados como aucas, pueden ser parte de los linajes chilenos que, como hemos mencionado, migraron tempranamente hacia el este y comenzaron a ejercer su influencia cultural sobre otros grupos (Sánchez Labrador 1936: 38).

Sin embargo, ya entrado el siglo XIX, García registra, durante la expedición a Sierra de la Ventana de 1822, la producción de textiles entre los pampas, a los que diferencia de los ranqueles, identificados como emparentados con los araucanos. De todas maneras, estos tejidos podían diferenciarse por su calidad de los que se intercambiaban con los araucanos (García 1969a: 635-36).

Si tenemos en cuenta que a mediados del siglo XVIII los jesuitas diferenciaban a los «araucanos» de los que no lo eran, entre otras cosas, por la producción de textiles, podemos inferir que dichas técnicas se difundieron en la región pampeana entre fines del siglo XVIII y principios del XIX. Luis de la Cruz menciona que los indios de Mamuelmapu y las pampas compraban tinturas usadas en manufacturas y tejidos a los pehuenches y huilliches (Cruz 1969a: 429-430). Pocos años después, su uso se había generalizado a tal punto que Orbigny, a fines de la década de 1820, señala la importancia de la tejeduría entre las poblaciones pampeanas a las que ya denomina araucanas (Orbigny 1945: 712-713).

El tejido se convirtió entonces en una actividad fundamental para los indios, máxime a partir de la llegada masiva de contingentes chilenos luego de 1820, que intensificó la influencia cultural, ya muy marcada, sobre los grupos de la región. La producción textil no sólo permitía satisfacer las necesidades de subsistencia sino que dejaba excedentes que eran comercializados en las fronteras, ya que por su excelente calidad los ponchos pampas eran muy apreciados por los criollos. La importancia de la tejeduría explica la cantidad y calidad de los rebaños de ovinos que pastaban en torno a los toldos indios.

¹⁴ Sobre los tipos de ponchos que se conocieron en la campaña rioplatense durante el siglo XVIII (Garavaglia 1986: 56-58).

b. Mecanismos de obtención de bienes de prestigio

El medio más común para obtener ponchos y objetos de plata era intercambiarlos por animales con los grupos chilenos y cordilleranos (Cruz 1969b: 81, 201-203, 231 y 331). Pero también podían obtenerse por otros medios. Por ejemplo, formaban parte de los bienes entregados como dotes en los casamientos por compra (Cruz 1969a: 444-445; Sánchez Labrador 1936: 71).

Por otra parte, como ya mencionamos, ponchos y objetos de plata figuraban entre los bienes que los caciques pedían a las autoridades coloniales a cambio de cautivos y entre los que les eran entregados por los propios indígenas para que intercedieran ante las autoridades y rescataran a sus parientes que habían caído en manos de los blancos. El interés por la concentración de estos bienes, indica que se trataba de elementos de prestigio que contribuían a acrecentar la riqueza y a consolidar o reforzar el poder de los caciques (Viedma 1938: 519; Zizur 1973: 98).

En efecto, los contactos cada vez más intensos con los españoles también contribuyeron a intensificar la presencia y circulación de objetos de plata. La política colonial y las medidas administrativas borbónicas contribuyeron a reforzar la posición de algunos jefes a partir del otorgamiento de bienes materiales y simbólicos, que generalmente se incluían entre los regalos que las autoridades coloniales hacían a los caciques (Zizur 1973: 257-263).

En síntesis, la presencia de prendas tejidas y elementos de plata al este de la cordillera, aparece ligada a procesos de transformación y complejización social que hemos mencionado. El acceso a dichos objetos podía lograrse a través de varios mecanismos: intercambios realizados por ganados con los grupos indígenas cordilleranos y chilenos, regalos entregados por las autoridades coloniales a los caciques, dotes pagadas por matrimonio, rescates entregados por los blancos a cambio de cautivos, o simple robo durante los malones. Su inclusión en cada uno de estos mecanismos como bienes valorados y preciados de obtener, intercambiar o regalar, está indicando la importancia que habían adquirido a nivel simbólico.

Así, la incorporación de estos objetos puede explicarse a través de procesos de influencia cultural, facilitados o estimulados por el contexto de transformaciones sociopolíticas que caracterizaron a las sociedades indígenas pampeanas a partir de su integración a los circuitos de comercialización de ganados. Evidentemente, los nuevos desarrollos económicos determinaron contactos mucho más fluidos y fueron generando relaciones de interdependencia. Pero el proceso de influencia cultural araucana no obedeció —al menos, antes de la década de 1820— a una migración masiva de grupos chilenos.

De todas maneras, la presencia de algunos linajes chilenos que se asentaron tempranamente en la región generó la formación de amplias redes de parentesco que relacionaban a los grupos de ambos lados de los Andes y facilitó la constitución de matrimonios interétnicos, contribuyendo a profundizar el proceso de influencia cultural. De este modo, los linajes que migraron huyendo de la guerra de la independencia en

Chile —cuando podemos hablar de la llegada de grupos numerosos— encontraron una pampa culturalmente araucana.

La «araucanización» de las pampas: un proceso complejo

El período comprendido entre mediados del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX representa para la sociedad indígena de las pampas un momento de transición hacia formas sociopolíticas más complejas¹⁵. Frente a la organización de carácter tribal, comienzan a surgir y consolidarse rasgos que prefiguran la instauración de jefaturas o cacicatos¹⁶. En este contexto se explica la incorporación relati-

¹⁵ Mandrini se refiere a la aparición de rasgos nuevos que apuntan a superar el nivel de organización tribal segmentaria como una situación de transición, durante la cual las fuentes permiten evidenciar una serie de aparentes contradicciones en el sistema político, que no son tales, en la medida en que van a responder, justamente, a esta situación. Nosotros planteamos de alguna manera esta idea a propósito de los conflictos entre los caciques y los miembros de las juntas y parlamentos y entre los primeros y los poderes tradicionales, representados por los brujos y hechiceros (Mandrini 1988: 93-98); Biset y Varela (1991: 33) caracterizan a los pehuenches del siglo XVIII como sociedad en transición, mencionando "...el inicio de un proceso de jerarquización social, aunque lejos todavía del grado de complejización encontrado en los cacicatos del siglo siguiente". Marta Bechis, en cambio, hace referencia a los rasgos de complejización como indicadores de la presencia de un cacicazgo o señorío incipiente o difuso (Bechis 1983). No compartimos esta conceptualización del proceso porque, en última instancia, ¿qué significa "señorío difuso"? Nos inclinamos, por ahora, a considerar que en una secuencia evolutiva de formas sociopolíticas se dan situaciones de transición entre una forma y otra, cuando están surgiendo o se están desarrollando rasgos que tienden a superar la forma sociopolítica anterior, aunque aún persistan algunos de sus rasgos. Esta idea aparece en García, cuando define al sistema político que observó entre los indígenas, como "...mixto entre democracia y aristocracia" (Mandrini 1988: 95).

¹⁶ No pretendemos desarrollar una discusión sobre los rasgos que distinguen a un cacicato o jefatura. En esta primera etapa de trabajo sólo queremos abordar el problema de los rasgos de cambio y de diferenciación social que fueron surgiendo entre estas poblaciones —cuyas evidencias ya estaban presentes en cierta medida y pueden rastrear-se en los relatos más tempranos de los jesuitas que visitaron la región— y que culminarán en la formación de complejas unidades sociopolíticas. En general, para la sociedad indígena de mediados del siglo XIX nos basamos en la caracterización que hace Mandrini, quien adhiere básicamente a la definición de Carneiro (Carneiro 1981: 37-79). Este autor acentúa aspectos de la estructura política y territorial, frente a las funciones económicas o las cuestiones referentes al rango y al status. Así, todos los elementos de una jefatura derivan de la estructura política. Uno de los factores decisivos para el surgimiento de jefaturas —aunque no el único ni suficiente por sí solo— es la guerra. A este factor deben sumarse límites ambientales y demográficos, que llevan a conflictos entre comunidades autónomas y al sometimiento de unas por otras. La jefatura aparece caracterizada —en el marco de una secuencia evolutiva de formas políticas— como una unidad política que precede a las formas estatales, autónoma y multicomunitaria, conformada por varias aldeas o comunidades, con la presencia de una jefatura permanente ejercida por el jefe de la comunidad dominante que se impone al resto de los jefes menores. Ambas instancias representan distintos niveles de decisión política: los jefes de las aldeas, el nivel de decisión inferior y el jefe permanente que reside en la comunidad dominante, el nivel superior de decisión. Existe una jerarquía de rangos entre las distintas comunidades y entre los individuos. Esta jerarquía está determinada en función del parentesco, por la distancia genealógica con respecto al jefe principal. El poder de la jefatura se apoya en la figura del jefe, careciendo de mecanismos de coacción formales y uso legitimado de la fuerza. En cuanto al aspecto económico, las jefaturas no parecen relacionarse con un tipo espe-

mente rápida de una serie de bienes de prestigio de origen araucano. A estos bienes se sumaron otros de origen español, como así también, se fueron configurando una serie de ceremoniales que expresaban el prestigio de algunos jefes y grupos, por ejemplo, las reglas protocolares, los entierros diferenciales, la práctica del sutee durante el siglo XIX o la posición que fueron adquiriendo los caciques en las ceremonias religiosas.

En general, la presencia de elementos culturales foráneos en una región se explica a través de tesis migracionistas y difusionistas. En el caso de la influencia araucana al este de los Andes, dichos elementos, simplemente, habrían «migrado» con los grupos araucanos y, como ellos, se habrían «instalado» en el territorio¹⁷. Pero, sin negar la existencia de la migración y la difusión cultural que, seguramente, intervinieron en muchos procesos históricos, planteamos que la explicación del proceso debe buscarse en los desarrollos locales de complejización social que facilitaron la incorporación de bienes de prestigio, que adquirieron alto valor simbólico y permitieron expresar, reforzar y legitimar los procesos de transformación en marcha¹⁸.

cífico de economía, pero suponen economías capaces de obtener o producir excedentes económicos, cuyo control constituye uno de los puntales del poder de los jefes.

¹⁷ La mayoría de los autores interpreta el cambio social enfatizando la influencia de factores externos o difusión, que se evidencia claramente a través de las categorías de análisis comúnmente aplicadas. Entre ellas: difusión (Nardi 1981-1982: 15); araucanización (Casamiquela 1982: 24; Martínez Sarasola 1992: 132; Nardi 1981-82: 15; Zapater 1982: 105); tehuelchización (Casamiquela 1992: 26); transculturación (Casamiquela 1992: 27; Zapater 1982: 97). Por otra parte, ante la ausencia de un esquema explicativo de las transformaciones que se operaron entre las poblaciones pampeanas, se intentan una serie de interpretaciones que contribuyen a oscurecer el proceso. Es el caso de los confusos planteos de Casamiquela: "...el proceso de araucanización (...) se presenta ante los ojos del etnólogo como un fenómeno especial, de indudable proyección teórica: se resume en la transculturación (en el sentido primigenio o estricto de esta expresión, que significa 'tránsito de cultura' a través, obviamente, de pueblos intermedios) y en su correlacionado aporte sanguíneo, aunque éste temporalmente desfasado, todo ello incentivado por razones de prestigio cultural difíciles de asir...", (Casamiquela 1992: 27). El mismo autor sostiene que: "...la fuerza dinámica [se refiere a la expansión araucana] está en algún otro ingrediente difícil de asir, de los cuales la lengua no es el menor. Aunque yo no pueda decir por qué es un vehículo tan estupendo lo sé de manera intuitiva (...) Puede haber sido una religión muy atractiva, y no se en qué medida un poder de armas económico-armado; en todo caso son culturalmente superiores por lo menos evolutivamente a estos cazadores paleolíticos del ámbito pampeano-patagónico" (Casamiquela 1982: 24-25).

¹⁸ Pueden consultarse una serie de autores que analizan diversos procesos históricos desde este punto de vista. Entre ellos, Clark y Blake, que analizan el proceso de expansión de rasgos olmecas (olmequización) en el oeste de Mesoamérica (Clark y Blake 1993; Clark 1990). Wolf, en una referencia muy somera, vincula esta expansión en Mesoamérica al proceso de diferenciación entre el sacerdote y el creyente común, «...el uno, intelectual de carácter sagrado, y el otro, campesino ligado a la tierra...» (Wolf 1985:75). También podemos citar varios autores que analizan la expansión de los complejos *campaniformes* y *de la cerámica cordada* en Europa Central alrededor de 2600 a.C. (Renfrew 1990: 25-41; Champion, Gamble, Shennan, White 1988: 209-315).

En este sentido, no sólo hemos intentado replantear ideas muy arraigadas acerca de la influencia cultural y/o presencia araucana en las pampas, sino sobre el modelo explicativo general del cambio cultural en la región. Así, hasta principios del siglo XIX la incorporación de rasgos culturales araucanos aparece ligada, fundamentalmente, al proceso de diferenciación interna de las sociedades pampeanas y se opera a través de mecanismos diferentes a la migración, entre los que podemos mencionar la intensificación de las relaciones de comercio e intercambio entre los grupos y el establecimiento de redes de parentesco interétnicas.

En este contexto, y en relación con los contactos con la Araucanía, dos aspectos aparecen como complementarios: la incorporación de elementos culturales de origen chileno por las poblaciones pampeanas fue creando un marco propicio a la migración y establecimiento de linajes de allende la cordillera, en tanto que la marcada presencia de éstos desde las primeras décadas del siglo XIX profundizó y generalizó el proceso de influencia cultural. En efecto, los grupos que migraron encontraron una pampa culturalmente araucana y un complejo entramado de relaciones, que culminó a mediados de ese siglo con la consolidación del proceso y la formación de una unidad lingüística y cultural al sur de la línea de fronteras, que se prolongaba hasta el Pacífico en la Araucanía chilena (Mandrini 1984: 9-10).

Los dos momentos identificados a partir del siglo XVII aparecen confusamente englobados bajo el denominado proceso de «araucanización». En tal sentido, creemos que la utilización de un solo concepto para caracterizar un proceso tan complejo, ha contribuido a simplificarlo y oscurecerlo: se lo ha cargado de contenido a tal punto que no explica nada y pierde sentido, o se lo ha reducido a una o dos variables, desvirtuando un proceso rico y complejo.

Bibliografía citada

Andonaegui, José de

- 1749 "Carta de ... al Rey de España, 5 de septiembre de 1749", en *Copias de Documentos del Archivo General de Indias en el Museo Etnográfico de Buenos Aires* [en adelante AGI-ME], carpeta J.

Bechis, Marta

- 1983 *Interethnic relations during the period of Nation-State formation in Chile and Argentina: from sovereign to ethnic*, Ann Arbor MI, University Microfilms International.

Berón, Mónica y Laura Migale

- 1991 "Rutas de comercio indígena y paraderos: el sitio Tapera Moreira, prov. de La Pampa", ponencia presentada en el *X Congreso Nacional de Arqueología argentina*, realizado en la ciudad de Catamarca.

Biset, Ana María y Gladys Varela

- 1991 "El sitio arqueológico de Caepe Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino", en Boschín, María T. (coord.), *Cuadernos de Investigación: Arqueología y etnohistoria de la Patagonia septentrional*. Tandil, IEHS/UNCPBA, pp. 18-35.

Bórmida, Marcelo

- 1953-54 "Los Antiguos Patagones. Estudios de Craneología", en *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. VI, partes 1-2, Buenos Aires, pp. 5-96.

Boschín, María Teresa y Ana María Llamazares

- 1984 "La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina", en *Etnía*, n° 32, Olavarría, pp. 101-156.

Cabrera, Pablo

- 1934 "Los araucanos en territorio argentino", en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas. La Plata, 1932*. Buenos Aires, Coni. Tomo I, pp. 95-117.

Canals Frau, Salvador

- 1946 "Expansion of the Araucanians in Argentine", en *Handbook of South American Indians*. Washington, Smithsonian Institution/Bureau of American Ethnology, Bull. 143, vol. II, pp. 761-766.

- 1950 *Prehistoria de América*. Buenos Aires, Sudamericana.

- 1973 *Poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen-su pasado-su presente*. 2a. ed. Buenos Aires, Sudamericana.
- Cardiel, José
- 1940 "Carta inédita de la extremidad austral de América construída por el Padre José Cardiel, S.J, en 1747", [editada por Félix Outes, con un estudio histórico-geográfico de P. G. Furlong Cardiff, S.J], Buenos Aires, Imprenta Coni.
- 1969 "Extracto o resumen del diario del padre ... en el viaje que hizo desde Buenos Aires al Volcán, y de éste, siguiendo la costa patagónica, hasta el arroyo de la Ascensión" [Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos Aires y a las costas de la Patagonia], en: *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, por Pedro de Angelis [en adelante, *Colección de Obras y Documentos ...*]. Tomo cuarto. Con prólogos y notas de Andrés M. Carretero. Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 59-66.
- Carneiro, Robert
- 1981 "The chiefdom: precursor of the state", en: Grant D. Jones y Robert R. Kautz (ed.): *The transition to Statehood in the New World*. Cambridge and oths., Cambridge University Press, pp. 37-79.
- Casamiquela, Rodolfo
- 1957 "El contacto Araucano-Gününa Këna. Influencias recíprocas en sus producciones espirituales", en *Vinculaciones de los Aborígenes argentinos con los de los países limítrofes, Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía*, 11 al 15 de noviembre, Buenos Aires.
- Casamiquela, Rodolfo
- 1965 *Rectificaciones y ratificaciones hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente*. Bahía Blanca, Univ. Nac. del Sur.
- 1982 "Tehuelches, araucanos y otros en los últimos 500 años de poblamiento del ámbito pampeano patagónico", en *Síntomas, en la ciencia, la cultura y la técnica*, año 3, n° 4, Buenos Aires, pp. 17-29.
- 1992 "Los pueblos indígenas", *Ciencia Hoy*, vol. 2, n° 7, Buenos Aires, pp. 18-28.
- Casanova Guarda, Holdenis
- 1987 *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII. Mito y realidad*, Temuco, Chile, Universidad de la Frontera.
- Champion, Timothy; Clive Gamble; Stephen Shennan; Alasdair Whitte
- 1988 *Prehistoria de Europa*, Barcelona, Crítica.

Clark, John y Michael Blake

- 1989 "Los Mokayas", Instituto Chiapaneco de Cultura, México, 1993, en *El Preclásico o Formativo (Avances y perspectivas), Seminario de Arqueología "Román Piña Chan"*, Martha Carmono M., editora. México, Museo Nacional de Antropología, INAH, pp. 389-403.

Clark, John

- 1990 "Olmecas, olmequismo y olmequización en Mesoamérica", en *Arqueología*, n° 3 (segunda época), México, Dirección de Arqueología del INAH.

Crivelli Montero, Eduardo

- s/f "La araucanización de la Pampa Bonaerense", informe presentado en las *Terceras Jornadas de capacitación y participación arqueológica y antropológica en la provincia de Buenos Aires*.

Cruz, Luis de la

- 1969a "Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los pehuenches y los demás espacios hasta el río de Chadileubu, reconocidos por ...", en *Colección de Obras y Documentos...*, Tomo II, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 399-491.

- 1969b "Viaje a su costa, del Alcalde provincial del muy Ilustre Cabildo De la Concepción de Chile, D. ..., Desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires", en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo II, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 7-385.

Falkner, Tomas

- 1969 "Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América Meridional", en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo II, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 639-755.

Garavaglia, Juan Carlos

- 1986 "Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense: ¿una revolución industrial fallida?", en *Anuario del IEHS I*, Tandil, UNCPBA, pp. 45-87.

García, Pedro Andrés

- 1972 "Nuevo plan de fronteras de la Provincia de Buenos Aires, proyectado en 1816, con un informe sobre la necesidad de establecer una guardia en los manantiales de Casco, o laguna de Palantelen, por el coronel D. ...", en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo VIII, vol. B, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 597-639.

García, Pedro Andrés

- 1969a "Diario de la expedición de 1822 a los campos del Sud de Buenos Aires, desde Morón hasta la Sierra de la Ventana; al mando del coronel D. ...", en *Colección de*

Obras y Documentos... Tomo IV, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 393-671.

- 1969b "Diario de un viage á Salinas Grandes, en los campos del Sud de Buenos-Aires, por el coronel D. ...", en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo IV, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 239-390.

González, Alberto Rex

- 1979 "Las exequias de Painé Güor. El suttee entre los araucanos de la llanura", en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XIII, NS, Buenos Aires, pp. 137-161.

Información...

- 1752 "Cabildo de Buenos Aires. Información sobre la Reducción de Pampas a cargo de la Cía. de Jesús, presentada el 15 de octubre de 1752", en *AGI-ME*, carpeta J.

Hajduk, Adán

- 1981-82 "Algunos antecedentes arqueológicos de los mapuche en la Argentina", en *Cultura Mapuche en la Argentina*. B. Aires, Instituto Nacional de Antropología, pp. 7-9.

Hernández, Juan Antonio

- 1969 "Diario que el capitán D [...] ha hecho, de la expedición contra los indios teguelches, en el gobierno del señor D. Juan José de Vértiz gobernador y capitán general de estas provincias del Río de la Plata, en 1º de octubre de 1770" [Colección de viajes y expediciones a los campos de Buenos Aires y a las costas de la Patagonia], en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo IV, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 107-145.

León Solís, Leonardo

- 1986 "Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", en *Boletín Americanista*, n° 36, Barcelona, pp. 75-104.
- 1991 *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*. Temuco (Chile), Ediciones Universidad de la Frontera (Serie Quinto Centenario).

Mandrini, Raúl (selección y prólogo)

- 1984 *Los araucanos de las pampas en el siglo XIX*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- 1987 "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX)". en *Anuario del IEHS*, 1, 1986, Tandil, UNCPBA, pp. 11-43.
- 1988 "Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense", en *Anuario del IEHS* 2, 1987, Tandil, UNCPBA, pp. 71-98.

- 1991 "La economía indígena pampeana (siglos XVIII-XIX): procesos de especialización regional. El caso del sur oeste bonaerense", en *Boletín Americanista*, vol. 41, Barcelona, pp. 113-136.
- 1992a "Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX): balance y perspectivas", en *Anuario del IEHS 7. 1992*, Tandil, UNCPBA, pp. 59-73.
- 1992b "Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII", *Ciencia Hoy*, n° 22, Buenos Aires, pp. 26-35.
- 1994a "Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (1600-1820)", en Raúl Mandrini y Andrea Reguera (comp.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, Tandil, IEHS, pp. 45-74.
- 1994b "Sobre el sutee entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica", ponencia presentada en las *Jornadas Alberto Rex González: 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología en la Argentina* (Buenos Aires).
- Mandrini, Raúl y Sara Ortellì
- 1995 "Repensando los viejos problemas: observaciones sobre la araucanización de las pampas", en *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. 22, Buenos Aires, pp. 135-150.
- Mansilla, Lucio V.
- 1987 *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. 2 vols., 1987.
- Martínez Sarasola, Carlos
- 1992 *Nuestros paisanos, los indios*, Buenos Aires, Emecé.
- Murra, John
- 1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP.
- Nacuzzi, Lidia
- 1989 "Territorialidad y relaciones interétnicas en el valle de Viedma", ponencia presentada en el *I Congreso Internacional de Etnohistoria*, Buenos Aires, 17-21 de julio.
- Nardi, Ricardo
- 1981-82 "Los mapuche en la Argentina. Esquema etnohistórico", en *Cultura Mapuche en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología, pp. 11-24.
- Orbigny, Alcides Dessalines d'
- 1945 *Viaje a la América meridional*, Buenos Aires, Futuro, 3 vols.

- Ortelli, Sara
 1994 *El proceso de «araucanización» de las pampas. Balance y perspectivas.* Tesis de Licenciatura presentada en la Facultad de Ciencias Humanas, UNICEN, Tandil.
- Palermo, Miguel
 1986 “Reflexiones sobre el llamado *complejo ecuestre* en la Argentina”, en *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. XVI, Buenos Aires, pp. 157-178.
 1989 “La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos”, en *Anuario del IEHS 3, 1988*, Tandil, UNCPBA, pp. 43-90.
- Renfrew, Colin
 1990 *Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, Crítica.
- Salcedo, Miguel de
 1741 “Carta de [...] al rey de España, 22 de marzo de 1741”, en *AGI-ME*, carpeta I.
- Sánchez Labrador, José
 1936 *Los indios pampas, puelches y patagones.* Monografía inédita, prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff, S.J. Buenos Aires, Viau y Zona.
- Schindler, Helmut
 1976 “Tres documentos del siglo XVII acerca de la población indígena bonaerense y la penetración mapuche”, en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, vol. 8, Buenos Aires, pp. 149-152.
- Schobinger, Juan
 1959 “La araucanización y sus problemas”, en *Revista de Educación*, IV, 3, La Plata, pp. 484-491.
- Silveira, Mario
 1992 “Etnohistoria y arqueología en Pampa interserrana”, en *Palimpsesto*, año 2, n° 2, pp. 29-50.
- Vértiz, Juan José de
 1780 “Carta de [...] a José de Gálvez, 24 de octubre de 1780”, en *AGI-ME*, carpeta J.
- Viedma, Antonio de
 1972a “Descripción de la costa meridional del Sur, llamada vulgarmente Patagónica ...”, en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo VIII, vol. B, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 937-966.

- 1972b "Memoria dirigida al Señor Marqués de Loreto, Virrey y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata..." [1784], en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo III, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 635-684.
- Viedma, Francisco de
1938 "Diario de [...] sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de Río Negro" [1781], en *Revista de la Biblioteca Nacional*, t. II, n° 7, Buenos Aires, pp. 503-552.
- Vignati, Milcíades
1965 "Antigüedad y forma de la ocupación araucana en la Argentina", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol XXXVIII, Buenos Aires, pp. 3-7.
- Villalobos, Sergio
1989 *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile.
- Villarino, Basilio
1972 "Diario del Piloto de la Real Armada, D. [...], del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782", en *Colección de Obras y Documentos...* Tomo VIII, vol. B, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 967-1138.
- Wolf, Eric
1985 *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. 9a. ed. México, Ediciones ERA.
- Zapater, Horacio
1982 "La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX", en: Sergio Villalobos R. y otros, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*. Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, pp. 87-105.
- Zeballos, Estanislao
1986 *La conquista de quince mil leguas*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Zizur, Pablo
1973 "Diario de ..." [editado por Milcíades A. Vignati], en *Revista del Archivo General de la Nación*, año III, n° 3, Buenos Aires, pp. 67-115.